

Hé aquí la utilidad de estos estudios. No vamos á estudiar nuestras propias instituciones; pero sí el mismo problema. Vamos á ver lo que se necesita para constituir la unidad en un Estado y al mismo tiempo lo que no es necesario; porque si la Union ha podido vivir en las condiciones que han hecho su grandeza, en plena libertad municipal, religiosa y política, no es necesario que todas las fuerzas de un país estén en las manos de una sola asamblea ó de un solo hombre; es necesario distinguir entre lo que debe dejarse y no dejarse al gobierno, y esta enseñanza es la que se debe pedir á la historia en lugar de preguntarla por los hechos ó los gestos de los reyes y de los emperadores. El contentarnos con saber las galanterías de la corte de Isabel ó de la corte de Luis XIV, sería muy bonito; pero para eso más valen los cuentos de hadas, que por lo menos son más morales.

Cuando la historia estudia las instituciones pone á nuestra disposicion la sabiduría ó la locura de nuestros antepasados, y entonces es cuando toma su verdadero carácter, y cuando la política recibe tambien el suyo. La historia sigue todas las vicisitudes que han atravesado los pueblos para llegar á las instituciones que han hecho su felicidad; hasta sus mismas faltas nos enseñan lo que conviene evitar. La política gana tambien mucho con estos estudios en los que se ve que la sabiduría de los pueblos contribuye á su grandeza. Así es como la historia es útil y como la política es una verdadera ciencia.

Sabemos que no es esta la opinion de todos. Hay cierta escuela que admira Maquiavelo para la que política es el arte de engañar á los demás en beneficio propio; pero esta escuela ha pasado. Se consigue engañar á los demás por espacio de algunos años; pero el final es siempre triste. Al principio se consigue algo, se cree uno hábil y la multitud le admira; pero mas tarde ó mas temprano se comprende que perdiendo la confianza se ha perdido el poder, y que no es así como se crea el porvenir. La historia de la Constitucion norteamericana nos proporciona otro espectáculo mas consolador: nos enseña que los hombres de bien han hecho grandes cosas y creado, á fuerza de virtud y valor, un gobierno y un pueblo. Esta es una de las más bellas páginas de la historia moderna, acaso la que más le honra. En ella cambia la política de carácter, y deja de ser el arte de engañar para convertirse en el arte de hacer á los pueblos dichosos.

CAPÍTULO IV.

Washington y la Confederacion.

En el presente capítulo haremos la historia del gobierno de la revolucion, es decir, del congreso de 1776 á 1781, en cuyo intervalo se redactaron los artículos de Confederacion que fueron la carta del Norte América desde 1781 á 1787.

Desde el principio de la revolucion se pensó en reunir las trece colonias en una misma confederacion. En 1775 presentó Franklin un proyecto que vuelve á encontrarse en el fondo del de 1781. En 1776, pocos dias antes de la declaracion de independencia se presentó un segundo proyecto bastante parecido al de Franklin y se comenzó á discutir. Pero esta discusion se hizo á puertas cerradas y solo tenemos de ella las noticias que se han conservado entre los papeles de Madison.

Desde el primer momento se presentó la gravísima cuestion que era preciso resolver ante todo de si se haria una confederacion ó una union; es decir, si de las trece colonias se haria un pueblo ó si serian trece Estados cada uno con su soberanía y sus distintos intereses. John Adams y Franklin sostuvieron con razon que era preciso hacer de la América del Norte una sola nacion y que aquellas distinciones de Estados eran distinciones artificiales que debian desaparecer con la revolucion. Y no es esto decir que quisieran destruir los Estados ni debilitar sus libertades interiores; sino que por encima de estas soberanías locales colocaban la soberanía del Congreso. Las gentes del Sud, (interesadas ya en la cuestion de la esclavitud) se mostraron más ardientes defensores de su independencia, porque un gobierno central les contrariaba.

La desavenencia comenzó desde los primeros días sobre cómo había de ser la representación en el Congreso. ¿Sería por Estados ó con arreglo á la poblacion? Sabido es que esta cuestion dividió la América hasta el último instante. Solo se pudo salir del apuro en la Constitucion federal por medio de una hábil combinacion que dá á la Cámara de los representantes un número de diputados proporcionado á la poblacion mientras el Senado se compone de dos senadores nombrados por cada Estado sin tener en cuenta la extension del territorio. En otros términos: la soberanía nacional está representada por la cámara popular; la soberanía de los Estados está protegida por la organizacion del Senado.

En esta discusion insistió Franklin para que la representación fuese proporcionada á la poblacion. «Vosotros, decia á los Estados pequeños, no teneis nada que temer; es un error pensar que un Estado grande pueda tener otro interés que el resto de la nacion. Las uniones como esta han llevado siempre la felicidad á los pueblos. Cuando en el reinado de Ana se quiso reunir la Escocia á la Inglaterra, los escoceses se quejaron de que se destruia su independencia. Se decia: La ballena se tragará á Jonás; pero ha sucedido todo lo contrario: los escoceses están en todas partes, lo han invadido todo y son los hombres más activos de la Gran Bretaña; Jonás ha sido el que se ha tragado á la ballena, es decir á la Inglaterra.» ¿De dónde procede este resultado obtenido por los escoceses que son en cierto modo los gascones de la Bretaña? Queriendo un escocés explicárselo á una señora inglesa le dijo: «Señora, eso consiste en que hemos tomado una precaucion oportuna: hemos establecido una aduana en la frontera y no dejamos pasar mas que personas de talento.» «¡Oh! dijo la señora, pues se conoce que hay algun contrabando.»

Esta discusion que tuvo efecto desde el mes de agosto de 1776 reveló al congreso divisiones interiores; y para no tropezar con dificultades acaso inseparables se tomó el partido de aplazar los artículos de la confederacion. Se dejó dormir la cuestion. Hasta 1777 no se tomaron decisiones serias y los artículos de consideracion no quedaron concluidos hasta 1778. Once Estados los aceptaron sin discusion y dos, el Delaware y el Mariland los rechazaron; pero fué preciso esperar hasta 1781 para la adopcion definitiva de aquella carta de la América, Carta que por cierto es muy corta. Se comprende perfectamente que se trataba de una confederacion como el mundo las habia visto hasta entonces. Todo lo que se queria era

constituir una alianza de guerra y un poder diplomático que representase al Norte América en el exterior; aun no se pensaba en el gobierno interior.

El primer artículo declara que se ha querido formar una liga amistosa para defender al Norte América contra todo ataque á la soberanía, á la religion ó al comercio de los Estados, y las colonias confederadas toman el nombre de Estados Unidos de América. Pero en el segundo se declara que cada Estado retiene su soberanía, su libertad, su independencia, y que todo poder, toda jurisdiccion, todo derecho que no sea expresamente delegado en la asamblea general pertenece á los Estados.

Este poder delegado era mas aparente que real. Como dice Washington, la confederacion no era mas que una sombra sin cuerpo y el congreso una asamblea separada; sus decisiones no tenían ninguna importancia, ni eran escuchadas¹.

Así era que el congreso tenia el derecho de declarar la guerra con el concurso de los Estados y cuando ya estaba declarada debia decidir cuantas tropas se habian de levantar; pero cuando se trataba de organizar estas tropas el poder del congreso se detenia; la asamblea estaba obligada á dirigirse á cada Estado en particular, pedir á cada uno su contingente, invitarle á formar regimientos, pagarlos y enviarlos al teatro de la guerra, resultando de esto que el interés particular de los Estados se sobreponia al interés general; y, por ejemplo, cuando Arnold invadió la Virginia, la Carolina del Norte se reservó sus milicias pensando que la caridad bien ordenada empieza por sí misma. Pasaba entonces en América bajo el punto de vista militar algo parecido á lo que á propósito de la circulacion de granos sucede en nuestro país en tiempos de carestía ó escasez. Las poblaciones se precipitan á impedir la exportacion, y de las precauciones tomadas por los particulares resulta el hambre general. Del mismo modo se vió en peligro muchas veces la Confederacion por las precauciones de los Estados.

En la cuestion de hacienda la misma impotencia; el Congreso tenia el derecho de acuñar moneda, pero no tenia un dollar á su disposicion; podia emitir asignados; pero cuando los habia emitido no era él quien estaba encargado de reembolsarlos, y como los Estados tampoco se cuidaban de hacerlo, se marchaba á la bancarrota. El Congreso podia contratar empréstitos en nombre de los Es-

¹ Story Constitucion, §. 246.

tados Unidos y así lo hizo con gran provecho de América, en Francia y en Holanda; pero no podía levantar un dollar para pagar el interés ni el capital, y con semejante sistema no se podía tener gran crédito.

En el exterior tampoco era muy real el poder del Congreso. Se ve que el Congreso trata con la Francia y la Holanda; pero el día en que un Estado de la confederación no quiere cumplir el tratado no hay medio de obligarle á ello. Además, los Estados conservaban derechos de aduana, establecían tarifas en el interior, en fin, era una completa anarquía.

Al principio no se comprendió el peligro. En los primeros días de una revolución hay un entusiasmo universal que hace creer que las leyes son inútiles; pero después llega un momento en que los asuntos humanos apagan las pasiones ó las amortiguan, y entonces la administración y el gobierno son obras serias que no pueden llevarse á cabo sin los recursos y el poder que faltaba á la confederación.

Otro de los efectos de esta impotencia fué que el Congreso mismo perdió la mayor parte de sus miembros. Los que pertenecían al ejército como Washington, habían ido á batirse; los demás, y no eran los menos distinguidos, permanecían retenidos en los Estados particulares, donde se hacían constituciones locales y se organizaban gobiernos; se consideraba mucho más agradable y útil ser gobernador en su país que delegado en el Congreso federal. Así fué como Jefferson siendo gobernador de la Virginia reformó toda la legislación de su país. El Congreso, á fines de 1777 y principios de 1778 se hallaba reducido á veintidos miembros y no tenía ninguna influencia. Solo Washington representaba el gobierno norteamericano; él era el jefe y el organizador del ejército; tenía en su mano todo el poder militar, y en sus cartas vemos que estaba constantemente ocupado en negociar con los trece Estados, buscando siempre el socorro de que tenía necesidad.

Esta situación inquietaba á los amigos de la patria y sobre todo á un hombre cuyo nombre aparecerá con frecuencia en nuestros estudios, Alejandro Hamilton.

No queremos hacer hoy la biografía de Hamilton; diremos solamente que era uno de esos políticos que desde el primer día veían el mal y el remedio.

Las opiniones de Hamilton son doblemente importantes, porque no solamente fué el amigo, sino el inspirador de Washington.

No conocemos en la historia nada tan interesante como las relaciones de estos dos hombres. Washington tiene en su favor la edad, el talento, la posición; Hamilton, como hijo de una francesa es un espíritu vivo y ardiente; va al fondo de las cosas, pero le falta autoridad. Los dos amigos se completan el uno con el otro. Casi siempre es Hamilton el primero que ve lo que hay que hacer y se lo escribe al general. Washington, con la solidez un poco pesada del carácter inglés comienza por sorprenderse de lo que le dice Hamilton; al principio encuentra dificultades; pero después de maduras reflexiones adopta la idea de su consejero, y entonces es cuando Washington se muestra en toda su grandeza. Cuando posee la verdad el héroe se eleva. Su fuerza de voluntad es una de las más grandes que el mundo ha conocido, es el hombre que una vez resuelto, no retrocede. Cuando después de un largo y detenido examen se ha decidido comprender que en presencia de Dios y de su conciencia no le falta más que ejecutar y sea cual fuere el peligro sigue adelante, y ejecuta. Esto es lo que hace tan interesante el estudio de los dos personajes que hasta hoy no han aparecido tan unidos como estaban; el uno es la idea; el otro es el alma, el brazo.

En una carta á Jorge Clinton, fechada el 13 de febrero de 1778, se vé que Hamilton se inquieta por el abandono del Congreso quejándose de que todos los hombres capaces han salido de él, y de la difícil posición en que se halla para negociar con Europa. El país se desanima, la guerra no va bien; el extranjero no sabe dónde hallar el gobierno norteamericano que en Francia está todo entero en la persona de Franklin, y el Norte América, en fin, se pierde por sus propias divisiones¹.

Algun tiempo después y en el momento en que acababan de votarse los artículos de confederación hallamos de nuevo el eco de esta carta de Hamilton en una bellísima carta que Washington dirige á Benjamin Harrison, presidente de la Cámara de Virginia y padre del general Harrison que habiendo sido nombrado presidente de los Estados-Unidos en 1841, murió un mes después y fué reemplazado por John Tyler.

En este capítulo transcribiremos dos cartas de Washington prefiriendo copiarlas á hacer su análisis, porque nada hay tan hermoso como su elocuencia. Washington no es un escritor de profesión;

¹ Ticknor Curtis, *History of the Constitution*, tom. I. pág. 126.

pero hay en el tal fuerza de buen sentido, de patriotismo y de virtud, que verdaderamente es necesario leer los escritos de este grande hombre para comprenderlos. Contristado como Hamilton de las divisiones que aniquilaban al país, apelaba al patriotismo norteamericano; pero por desgracia no era oído.

«Á BENJAMIN HARRISON,

»PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE LOS REPRESENTANTES DE VIRGINIA.

»Cuartel general, Middlebrook, 18 de diciembre 1778.

»Caballero:

»Tened la bondad de presentar á la Cámara la carta adjunta cuando halleis una ocasion favorable; estoy muy agradecido al testimonio de aprecio que esa asamblea me ha dado. Mi mayor felicidad, mi mejor consuelo en medio de los cuidados y dificultades de mi situacion se cifran en poseer el aprecio de mis conciudadanos.

»Yo no puedo atribuir más que á dos razones la persistencia de nuestros enemigos en permanecer entre nosotros. La primera es que esperan la decision del Parlamento; la segunda que esperan aprovechar nuestros sufrimientos con los que tambien cuentan, no sin razon, y lo digo con dolor, los comisarios enviados para tratar con nosotros. Solo el cielo puede saber lo que producirán tan numerosas y frecuentes emisiones de papel-moneda, lo que producirá la locura de nuestros partidos y la relajacion general de las virtudes públicas.

»Esta idea me aterra: me parece tan claro como la luz del dia que en ninguna época ha tenido el Norte América tanta necesidad de la prudencia y del patriotismo de sus hijos como en la presente, y si esto no es un justo motivo de afliccion general, yo por lo menos estoy viva y dolorosamente preocupado al ver que los Estados se ocupan tanto de sus intereses locales, y que los hombres más hábiles se han retirado del Congreso con gran detrimento del bien público.

»Nuestro sistema político se puede comparar al mecanismo de un reloj y de este símil debiéramos sacar una leccion. ¿Para qué sirve, en efecto, sostener las ruedas pequeñas en buen estado si se descuida la rueda principal que es el punto de apoyo, el principal motor de toda la máquina?

»No me corresponde decir hasta qué punto se ha llevado esta negligencia; pero como en formular un voto por el bien de la patria no puede haber ningun mal, emitiré el mio: Consiste en que cada Estado no solamente elija sus hombres mas capaces, sino que les obligue á ir al Congreso y les recomiende que busquen con cuidado las causas de todo lo que han sufrido el ejército y el país. En una palabra, quisiera que se reformaran los abusos públicos. Si esto no se hace, no hay necesidad de ser profeta para predecir la suerte que espera al régimen actual y anunciar que todo el trabajo que hacen los Estados redactando Constituciones particulares, haciendo leyes para ellos y confiando sus empleos á los hombres más hábiles no servirá de nada. Si el gran conjunto está mal conducido, todos los detalles serán arrastrados con el naufragio general, y tendremos el remordimiento de habernos perdido por nuestra propia locura y nuestra negligencia ó tal vez por el deseo de vivir cómodamente y tranquilos aguardando el éxito de tan grandiosa revolucion siendo así que este éxito debia ser el cuidado y la obra de los hombres más capaces y virtuosos de nuestro mundo americano.

»Es muy de temer, caballero, que encerrados los Estados en su esfera, no tengan ideas exactas del peligro presente. Muchas personas alejadas del teatro de la accion no ven ni escuchan sino los escritos que halagan sus deseos; piensan que la lucha toca á su fin y que solo queda por arreglar el gobierno y la policia de su Estado; pero se debe desear ardientemente que no venga á sorprenderles un triste desengaño. No designaré ningun estado en particular; no quiero censurar á ninguno. El público cree (y cuando lo cree, bien puede ser cierto) que en este momento los Estados están mal representados, y que los intereses más grandes, los más importantes de la nacion están mal defendidos, ya sea por falta de habilidad, bien por defecto de asiduidad en los miembros del Congreso, ó tal vez en razon de disidencias y pasiones políticas de algunos individuos. Semejante estado de cosas es hoy más que nunca deplorable; porque estamos muy avanzados en la lucha, y segun la opinion de muchas personas nos aproximamos á un dichoso desenlace. Las miradas de Europa están fijas en nosotros, y estoy convencido de que más de un espía político se ocupa en vigilarnos para descubrir nuestra situacion y dar aviso de nuestras debilidades.»

Hé aquí la carta de un patriota cuyas inquietudes son por demás justificadas. En efecto, los años 1779 y 1780 fueron para el ejército norteamericano de inauditos sufrimientos. Á principios de 1779 se

tenia casi una seguridad de obtener el socorro de Francia, y entonces, desde que esta gran monarquía se pronunció por el Norte América pareció que ya no habia nada que hacer; los socorros enviados al ejército fueron tan insuficientes para sus necesidades, que desde 1779 se vé á las tropas dos dias sin comer y en Connecticut se insubordinan porque ni tienen ropa, ni calzado ni alimento.

Al mismo tiempo la depresion del papel-moneda hacia progresos rápidos. En 1777, por cien francos en plata se tenían quinientos en papel; en 1780, por la misma suma se tenían cuatro mil francos. Nosotros hemos visto la cuenta de un miembro del Congreso Elbridge Gerry, que sirvió cuatro años en aquella asamblea, al que se le debian cuarenta mil libras esterlinas (un millon de francos en papel) que fueron liquidados por veinte mil francos en plata.

Esto era seguramente un sufrimiento para el particular; pero para el desventurado soldado era morir de hambre: las provisiones llegaban raras veces y era preciso vivir de requisiciones, lo que ocasionaba infinitas vejaciones á los habitantes, y todo el mundo se indignaba. En tan terrible situacion Washington sufría mas que nadie. No tomar víveres, porque tal vez no se pagarian nunca, era condenar al ejército á morir de hambre; tomarlos era arruinar á los ciudadanos. Washington, pues, solo á fuerza de ruegos obtenia alguna cosa, y solo los particulares, mercaderes de Boston, salvaban el honor y la libertad del país suscribiendo sumas considerables.

Así, pues, la guerra se hacia más con el concurso de los particulares que con el de los Estados. Estos manifestaban menos interés que las particulares, y el Congreso menos aun que unos y otros. En tan crítica situacion todos temian una catástrofe; no es solamente la grande alma de Washington la que estaba contristada. Hamilton Madison¹ exclama: «no hay ejército; ó se ha llegado al extremo de no poder contar con él. No hay ardor patriótico ni disciplina; los habitantes desprecian al Congreso, los soldados no quieren escuchar á nadie; hay una miseria y una desesperacion universales.»

En esta situacion llega el ejército francés, el 10 de julio de 1780.

La posicion de Washington era tal, que la llegada del ejército

¹ Madison, *Papers* I, 43.

francés le ponía en el caso de dudar si tendria bastantes tropas en estado de figurar al lado de las francesas y eso que los franceses solo eran unos seis mil hombres. Washington tendria unos diez y seis á diez y siete mil mal armados.

Y lo que aumentaba la dificultad de la situacion era que el Rey Luis XVI, con una galantería enteramente francesa decidió que aquel cuerpo de ejército seria considerado como auxiliar, cederia la derecha á las tropas norteamericanas y estaria á las órdenes de Washington. Estaba mandado por el general Rochambreau, y los oficiales eran hombres de la más alta nobleza; contándose entre ellos los Ségur, los Noailles, los Chastellux y los Lauzun, que se hallaron en presencia de soldados vestidos con blusas de caza y armados con fusiles en mal estado, siendo precisa toda la afabilidad de los oficiales franceses para no hacer sentir su miseria á los norteamericanos. En cuanto á Washington su papel por entonces era el de Caleb en la novela de Walter Scott; necesitaba hacer creer en un ejército que no existia. Pero cuando los oficiales franceses vieron batirse á los norteamericanos no pudieron menos de concebir hácia ellos el mayor aprecio.

La causa de tan deplorable situacion era la falta de gobierno.

En 1.º de enero de 1781 se insurreccionaron en Pensilvania dos regimientos y hablaron de ir á pedir al Congreso su licencia ó el sueldo que les debia y Washington se vió obligado á recurrir á los ruegos, consiguiendo reducir á su ejército á la obediencia solo por la persuasion y el respeto que él inspiraba. Pero dos dias más tarde las tropas de New-Jersey quisieron hacer otro tanto y entonces prendió á los oficiales é hizo fusilar á los jefes de la rebelion.

En este extremo el 15 de enero de 1781 fué cuando Washington escribió una carta que debe hallarse en París en el ministerio de Negocios Extranjeros, la que fué confiada á su ayudante de campo el coronel John Laurens.

El general comprendió la necesidad de dirigirse de nuevo al rey de Francia, porque la posicion del Norte-América era crítica. La guerra podia durar indefinidamente y el menor descalabro bastaba para anonadar las fuerzas de las colonias. Washington escribió una carta apremiante que John Laurens debia llevar á Franklin para que éste á su vez la comunicase á Luis XVI. Bajo formas frias, pero con un valor concentrado Washington expone la situacion. El pueblo, es cierto, ha querido la guerra; pero pronto se han sucedido las miserias que agravadas con la depreciacion del papel moneda